

**PREGÓN PRONUNCIADO EL DIA 23-8-2013 EN HONOR DEL
PATRÓN DE CARTAGENA SAN GINÉS DE LA JARA**

ERNESTO RUIZ VINADER

PREGÓN DEL DIA 23-8-2013, EN HONOR DE SAN GINÉS DE LA JARA

Excmas. e Iltnas. Autoridades civiles, militares y eclesiásticas.
Iltnos. Representantes de la Excma. Corporación Municipal
Hermano Mayor de la Cofradía de San Ginés de la Jara y de la
Hermandad de Romeros.

Reverendo D. José Manuel Martínez Párroco de San Ginés.

Queridos Romeros y feligreses de la parroquia.

Cartageneros y cartageneras.

Hoy es un día importante puesto que con la ofrenda de flores, que acabamos de realizar, y con este pregón damos comienzo a la celebración de los actos en honor de nuestro San Ginés de la Jara. Y también es importante para mí porque me han designado para pregonar la milagrosa y devota figura de un Santo, que desde hace mucho tiempo vive en el alma de Cartagena, llevado por una tradición secular que pone de manifiesto la grandeza de nuestra ciudad honrando a sus hijos y santos ilustres.

En una tarde del pasado mes de abril, vuestro párroco me solicitó que lo visitara en la iglesia. Os tengo que decir que llegué dispuesto, a ayudar en lo que me pidiera, pero no podía pensar que su llamada, junto con el Hermano Mayor de la Cofradía, era para ofrecerme realizar este pregón. Quedé dubitativo porque me hacían un ofrecimiento que indudablemente representaba una gran responsabilidad. Pero aquello también me hizo pensar que cuando a uno le ofrecen sentarse en la mesa del Señor, lo único que se puede hacer es bendecir al que te lo ofrece, y por ello quiero agradecer esta oportunidad pregonando las noticias de la vida de nuestro Santo.

Tiene la Academia de la Lengua Española, varios conceptos figurativos de la palabra pregonar, yo me voy a quedar con la que dice *“pregonar es alabar en público los hechos, virtudes o cualidades de una persona”*, pero si cabe me gusta más cuando explica la palabra pregonero diciendo que pregonero es la *“Persona que publica o divulga una cosa que se ignoraba”*.

Efectivamente esto es lo que creo que sucede con San Ginés de la Jara, se ignora mucho de él y sin embargo también se ha escrito tanto que su vida queda contradictoria en la pluma de afamados personajes de la antigüedad, como pudieran ser, el licenciado Pedro Camarín, Fray Melchor de Huélamo, Campillo de Bayle, Fray Leandro Soler, Cascales, y otros muchos, pero ya más tarde en la época actual también resultan interesantes las investigaciones y escritos de Torres Fontes, Asensio Sáez, Alberto Colao, Francisco Henares, y sobre todo de Varela Hervias que nos cuenta la Historia del Santo a través de un manuscrito del siglo XV que se halla en la Biblioteca Nacional.

Todos ellos nos escriben las vicisitudes que pasó San Ginés, todas ellas llenas de historia, de milagros, de pasajes, de leyendas, pero he de decir que después de releer todo lo escrito, solo me queda una convicción real, que es que San Ginés existe en el alma de esta ciudad porque ama a San Ginés, nos importa poco que sea el de Arlés, el mártir Ginés cómico, el Ginés del martirilogio romano o el Ginés carolingio, lo que nos importa es que en nuestro corazón vive la llama intensa de un amor hacia un anacoreta que se entregó a Dios en el monte Miral, con el nombre de Ginés, que sacrificó su vida por los necesitados y al que luego a través de los siglos, el mismo pueblo le asignó el nombre de San Ginés de la Jara por haber elegido este idóneo lugar para su oración.

Una de las cosas que caracteriza al cartagenero es su amor por lo suyo, pero a veces es cierto que pecamos de apatía, y es necesario que se nos toque las fibras para que reaccionemos. Pero sobre todo Cartagena es agradecida y acogedora, no en vano su origen apostólico a través de Santiago, nos hace reivindicarnos en

nuestra historia, y por ello nuestra ciudad no olvidó que San Ginés eligió nuestra ciudad para desde ella amar a Dios. Y es que el cartagenero lleva en su interior un poco la obediencia de San Leandro, la sabiduría de San Isidoro, la santidad de Santa Florentina, y el magisterio de San Fulgencio. Por ello no podemos dar la espalda a los amantes de la historia, pues precisamente, debemos recordar que estos cuatro santos hermanos son copatronos de la ciudad desde el 7 de abril de 1612, cuando siendo Alcalde Mayor, el doctor D. Rodríguez Pérez de Tudela ratificó el acuerdo de 1571 eligiéndolos como patronos y defensores de la ciudad.

Y ya que estamos con la historia tampoco podemos olvidar que fue Ntra. Sra. del Rosell la primera patrona de la ciudad, ya que el Rey Alfonso X El Sabio, la nombró en 1272 cuando creó la Orden Militar de Santa María de España, pero ahora lo que tenemos realmente que pregonar es que el 27 de abril de 1677 el Cabildo de la ciudad votó por unanimidad el nombramiento de San Ginés de la Jara como patrón de Cartagena, una vez desaparecida la epidemia de peste bubónica que asolaba la ciudad. El reconocimiento de este acuerdo no se hizo esperar y así a primeros de Mayo el Arzobispo de la Diócesis de S.M. Don Francisco de Rojas y Borja corroboró con su firma que la celebración de este patronazgo siempre sería el 25 de Agosto de cada año. Para celebrarlo se hicieron fiestas religiosas en honor del santo, efectuando salvas de artillería en las que se gastaron 200 reales que costó un quintal de pólvora, y a mediados de junio se dieron dos corridas de toros en la Plaza Mayor y, en el mes de julio los vecinos del barrio de San Ginés dieron también otras dos fiestas de toros en las afueras de las Puertas de San Ginés, al otro lado de las murallas, en un descampado, precisamente en el lugar que hoy ocupa la Plaza del Risueño.

Hay que pensar que para que esto sucediera la fama de San Ginés ya se había demostrado a través de sus hechos. No en vano el municipio de Purchena, un pueblo precioso del Valle de Almanzora, de Almería, lo había nombrado también Patrón de su ciudad, por la intercesión de sus milagros, milagro que ya se

había también sufrido en el Puerto de Santa María y en Jerez, ya que sus viñas se vieron afectadas por un purgón que acababa con la cosecha.

Pidieron la intercesión del santo librándose de la epidemia, por lo que a partir de entonces se le conoce como patrón de los vinateros. También y debido a sus milagros se convierte en el abogado de todo mal, y hasta los navegantes se encomiendan a él ante tempestades, peligros y naufragios. Por la historia del virtuoso Ginés de Arlés, los notarios latinos lo nombran así mismo patrón al considerar que al haber actuado como notario, su oficio lo asumió con total responsabilidad y decidida vocación de servicio cristiano.

Ya hemos referido la fecha de su nombramiento como patrón de Cartagena, pero creo que sería necesario, explicar las razones que tuvo el Cabildo para su nombramiento. Siempre sintió nuestra ciudad un gran entusiasmo religioso por San Ginés de la Jara, lo podemos comprobar por las actas capitulares, en las cuales se habla de limosnas consignadas, de misas, de predicaciones, de rogativas y hasta la entrega de armas y municiones para que los frailes se defendieran a tiro limpio de los ataques de los moros corsarios. Una de estas razones fue que en el año 1670, los campos estaban sedientos, siguiendo con la tradición de ser una tierra de secano, lo que hacía prever un año de miseria y carestía, puesto que al no llover y no haber cosecha obligaba al Ayuntamiento a buscar grano a otros lugares para poder abastecer al Pósito y con ello a la población, la cual a falta de pan emigraba a otros sitios a buscar su sustento y alimentación.

Los regidores del Ayuntamiento acordaron hacer una procesión partiendo de la ciudad hacia el monasterio donde se veneraba la santa imagen. Antes de salir el sol salió la comitiva religiosa a expensas de las arcas municipales presidida por varios caballeros capitulares. Acompañaban los frailes de las sedes conventuales existentes en aquel año, los de San Leandro, los de San Isidoro, los de San Francisco y dos compañías de armas de la ciudad. Una vez fuera de las Puertas de San Ginés, se unieron en la Hoya de Heredia, los frailes de San Diego y los Hermanos de la Mesta.

Permaneció la comitiva todo el día y la noche en el Convento, y al otro día muy de mañana reorganizaron la procesión para la vuelta. El cielo empezó a encapotarse, y los procesionistas tuvieron que aligerar el paso para no mojarse, cosa que no lograron puesto que empezó a llover torrencialmente. La alegría se apoderó del vecindario ya que la esperada lluvia fertilizó los sedientos campos, gracias sin duda a la intercesión del glorioso San Ginés de la Jara.

Hemos mencionado anteriormente las Puertas de San Ginés, que era una de las salidas que la población tenía en el siglo XV, con ese nombre permaneció hasta el siglo XVII que fue cuando se ensanchó la ciudad hacia la Hoya de Heredia, lo que dio lugar a su desaparición, aunque popularmente ese lugar siempre se le llamó de ese modo. Motivado por esa expansión, años después, se construyó la Casa del Duque de Nájera, donde más tarde también vivió la familia Moncada, y en su esquina con la Plaza de San Ginés se hizo una hornacina, labrada en piedra, dedicada a una imagen de San Ginés de la Jara, que aún afortunadamente perdura, sin el farol que en la antigüedad lo alumbraba. El 10 de diciembre de 1917, y para evitar la controversia que existía con el nombre del Santo, decidió el consistorio, con el voto de los once concejales que lo formaban, denominar a partir de entonces el lugar donde estuvo la puerta, como Plaza de San Ginés de la Jara, certificando con ello que el patrón era el San Ginés carolingio y no el de Arlés, por lo que el 23 de junio del año siguiente colocó en la Plaza una lápida con su nombre.

He hablado al principio de las contradicciones existentes sobre la identidad de San Ginés, y por ello tengo que referirme a la documentada leyenda escrita por Jaime Jordán en su obra *“Historia de la Provincia de Aragón de ermitaños de San Agustín”*, en la que indica que el convento de San Ginés de la Jara, fue fundado en el año 432, por su venerable ermitaño Pablo Orovio, dos años después de la muerte de San Agustín. También indica que a la llegada a Murcia de Alfonso X el Sabio, en 1256, y de acuerdo con el Pacto de Teodomiro, el rey moro entregó su

patrimonio a los cristianos, y entre ellos incluía el Monasterio de San Ginés, que estaba habitado por unos pobres ermitaños de San Agustín. Manifiesta, Jordán, que el convento perseveró en poder de los agustinos hasta el año 1397, que fue abandonado por el continuo asalto de los moros. Es posible por tanto que a partir de este momento el monasterio fuera utilizado por los moros como centro de peregrinación, hasta que en 1491, D. Juan Chacón, adelantado del reino de Murcia y Conde de Cartagena, persona seráfica de la Orden franciscana, logró su reconstrucción, poniendo a su cargo ocho frailes franciscanos observantes. El Monasterio fue bendecido por el Papa Inocencio VIII, y refrendado más tarde por el Papa Alejandro VI, que como recordatorio diré que fue anteriormente Obispo de Cartagena.

Centrándonos en esa identidad, nos llama la atención que ya en el año 432, se fundase un convento, con el nombre de San Ginés, lo que nos induce a pensar que estamos hablando, tal y como escribe, Torres Fontes, de San Ginés de Arlés, un nativo de Arlés, ciudad de la galia narbonense, que llegó a ser conocido por su maestría en la escritura, por lo que fue nombrado secretario del magistrado romano Vario. En el desarrollo de sus funciones, le fue dictado el decreto de persecución de los cristianos. Indignado en su ideal de justicia, el joven Ginés lanzó las tablillas de cera donde tomaba sus notas a los pies del magistrado y huyó. Fue capturado y ejecutado a las orillas del río Ródano, recibiendo el bautismo de su misma sangre. Cuenta la historia que el mismo santo apenas hubo sido degollado, cogió su cabeza con sus propias manos y la arrojó al Ródano, los cristianos recuperaron su cuerpo y lo enterraron en la iglesia de San Honorato, donde al parecer yace. Su cabeza en cambio, corriendo por el Ródano se adentró en el mar por su desembocadura en el Mediterráneo, y guiada por ángeles llegó milagrosamente a nuestra ciudad, en donde ahora debe descansar custodiada por los ángeles del sacro Monasterio.

Estoy mucho más acorde con la versión que nos transmite el manuscrito del siglo XV, desarrollado por Varela Hervias y recogido por Fray Melchor de Huélamo en su libro primero de la

“Vida y milagros del glorioso confesor San Ginés de la Jara”. Ahora bien, está tan poco seguro Fray Melchor de su versión que textualmente dice: *“debido a su insuficiencia y a la poca noticia confusa que tenemos de este glorioso santo, dada la pobreza de datos conocidos, resulta pues oscuro y escurridizo el tema”*.

Precisamente Fray Melchor Huélamo nos habla de los portentos y milagros de San Ginés a través de sus libros y nos ha llamado la atención las continuas limosnas que se pedían y se recibían para la supervivencia del monasterio. En una de ellas nos cuenta que uno de los regalos consistía en que cuando un niño era curado, por intercesión del Santo, su peso era donado en trigo a los frailes. Para pesarlo se le colgaba boca abajo con el susto general de todos, pero el bendito San Ginés lo libraba de todo mal.

El cronista Eduardo Cañabate, hace referencia a algunas no muy conocidas como por ejemplo que la Marquesa de los Vélez, llevó a su hijo ante el sepulcro de San Ginés de la Jara para que milagrosamente le curara una hernia, o la liberación del capitán Juan Manzano Patiño, que estaba cautivo en una prisión de Turquía, y que fue liberado gracias a la intervención del Santo, debido a que su tío que era clérigo de Granada ofreció una corona de plata a San Ginés para que lo protegiera, como así fue.

La historia que a mi me ha impresionado más y que creo es la más desconocida, es la que pertenece al gran pintor Miguel Barroso. En 1583, dirigía el convento Diego de Arce, el cual había llamado a Barroso para que pintase la capilla de la Gloria, del Monasterio. Este personaje era pintor de cámara de Felipe II, y Diego de Arce le conocía porque en El Escorial había pintado unos frescos en el patio de los evangelistas. Llevaba tres meses Barroso en el Monasterio, cuando cayó enfermo de tal manera que se esperaba su fallecimiento. La noche era infernal, el fuerte viento que venía del norte zarandeaba con violencia los frondosos jarales que abundaban junto al Monasterio. Nada humano se podía hacer, solo Dios y San Ginés de la Jara, podía salvarlo. Fray Diego de Arce pasó toda la noche en la celda de Barroso, y en un momento se dirigió a la capilla del Santísimo de la iglesia del Convento, arrodillándose ante la imagen de San Ginés, oró y dijo: *“Padre*

nuestro que estás aquí presente, escucha señor la súplica que te dirige el más humilde de tus hijos. Padre mío, te pido con toda mi alma que no muera de la enfermedad que padece tu hijo Miguel, y dale de nuevo la salud para que pueda volver a los suyos y acabe en esta tu casa el trabajo lleno de arte por él empezado. Ruégote, Padre mío, que escuches mi súplica”. Ya era media noche y a la luz de un velón Fray Diego de Arce esperaba lo que parecía inevitable. De momento el viento calmó su ímpetu y una calma absoluta reinó por el amplio recinto conventual. En ese momento el enfermo, pidió agua, y poco a poco fue desapareciendo la palidez mortal que cubría su rostro al mismo tiempo que sus ojos, antes mortecinos, ya no tenían tristeza. El peligro de muerte había desaparecido, y Fray Diego de Arce todo lo relacionó con la voluntad de Dios y como uno de los milagros de San Ginés de la Jara.

No podemos eludir el contar a Vds. la leyenda medieval existente, situada entre los años 815-858, sobre un personaje que desde mi punto de vista se trata de nuestro San Ginés de la Jara, y que es precisamente el que el Ayuntamiento de nuestra ciudad proclamó como patrón. En ella las alusiones a Carlo Magno, a Alfonso II, a Roldán y a Oliveros son correctas y la acción del relato se centra en un momento próximo a la realidad histórica. El elemento novelesco tiene la fuerza suficiente para dar a la biografía del Santo movimiento e interés. Empieza el relato reinando en Francia Don Roldán Magno y la noble reina Oliva, ambos amantes de nuestro Señor. No tenían descendencia, por lo que rogaron en oración a Dios, que les diese un hijo varón para asegurar la heredad del reino. El Señor les oyó y tuvieron un hijo, que le pusieron por nombre Ginés Franco. Creció el niño educado con un profesor de gramática, para que entendiera mejor las escrituras y tomó la idea de servir a Dios. Cuando llegó a la edad de trece años, rogó a sus padres que le diesen licencia para ir a Santiago de Galicia, pues en el año 813, ya se había descubierto el cuerpo del Apóstol Santiago, y empezaba la peregrinación sobre todo desde el Roscenvales francés. Sus padres no le dieron en principio licencia, pues temían perderlo por ser el único heredero

del reino, no obstante y ante la insistencia de San Ginés, le dieron permiso.

A toda prisa se embarcó en una nave que iba a España, en la que le acomodaron en un lugar alejado de la tripulación para que no perturbase con sus oraciones. Se formó un gran temporal y acusaron a San Ginés de ser el causante, y entonces, dicen que por sorteo, le echaron al mar. En ese momento San Ginés hizo la señal de la Cruz y por inspiración divina su hábito le sirvió de vela para navegar sobre las aguas, y así por la gracia de Dios arribó a la costa de Cabo de Palos. Una vez en tierra anduvo hasta que llegó a un alcázar muy fuerte donde había ocho torres muy altas y una iglesia que estaba habitada por monjes regidos que solo servían a Dios. Una llamada interior, seguramente angelical, le comunicó que su lugar de oración sería aquel monte lleno de jarales donde acudían a estrechar su unión espiritual, con Dios, muchos penitentes solitarios que, bajo las severas reglas monacales, construían sus eremitorios sobre este monte que por ser un otero recibía el nombre árabe de Mirab. Cuando llegaba la noche se poblaba de luces y de himnos gloriosos efectuados por los cánticos de los eremitas, que en su conjunto constituían un espectáculo lleno de misterio y espiritualidad que sedujo a su llegada la atención de San Ginés el Franco.

Es precisamente el Monte Miral un espacio donde en sus laderas crecían abundantemente los jarales, razón por la cual le viene al Santo el nombre de la Jara, y haciéndome eco de la terminología usada por el gran poeta y escritor Asensio Sáez, el jaral es un sitio donde crece la chumbera, y también la pitera que levanta sus grandes hojas, hacia el azul del cielo, con una gigantesca vara florecida, que como cayado mayor usara como ayuda nuestro Santo. Nos parece atisbar a San Ginés, con un trozo de ese varal de la pitera ayudándose lentamente, entre oraciones, a escalar la ladera de su oratorio llamado de los Ángeles.

Es allí donde Ginés Franco, descendiente carolingio, recibe a sus hermanos para enviar sus padres la buena nueva de que está vivo y que sigue en oración, pidiendo por su reino francés, ya que ha

decidido ganar con su oración y con su sacrificio otro reino mucho más importante para él, el reino de los cielos. Después se cuenta que muere en el año 836, y que su familia quiere llevarse sus restos a Francia, pero San Ginés deja entre sus dedos ya yertos una extensa carta donde niega el permiso para trasladar su cuerpo.

A partir de este momento crece la búsqueda de sus restos, pero en realidad hay que decir que no existe una tumba. No hay sepulcro, no hay lugar concreto donde se pueda buscar. Se excava en diversos lugares, sin resultado positivo pero la tierra que se mueve se justifica como sagrada. Resulta hasta verosímil que los propios monjes del monasterio fueran los que le enterraron secretamente para evitar una posible profanación. Así en el siglo XV se intenta en la puerta llamada de Oriol, seguramente por su orientación, y después en el siglo XVIII, se vuelve a intentar bajo el altar mayor, también sin ningún resultado. Hasta incluso se dice que los restos han sido hurtados siendo la razón de no encontrarlos. No obstante conozco por un artículo escrito por Eduardo Cañabate en el año 1960, que un vecino de La Unión, llamado Antonio Aguirre, hoy fallecido, encontró en los restos de lo que queda de la ermita de Los Ángeles una lápida de mármol blanco, con una inscripción que muy bien pudiera haber correspondido a su tumba, que dice textualmente *“Aquí se enterró, quién al mundo por el cielo dejó”*. No había presencia de restos, por lo que su hallazgo seguía sin esclarecer nada.

Otro intento se produce, en 1586, siendo alcalde Mayor el licenciado Armida, ya que se propaga que por mediación de un zahorí estaba apunto de ser descubierto el cuerpo del santo. Lo único que seguramente encontraría el mencionado zahorí sería un enorme osario de doce siglos de antigüedad.

Pregoneros anteriores han explicado la influencia que San Ginés siempre ha tenido con los veraneantes de Los Nietos, y como tal no me resisto a recordar la senda que partía desde la zona del Arenal, hasta el Monasterio. Cruzaba entre los romeros y tomillos, a veces con abundantes avisperos que hacía que los

niños tuviéramos que correr para evitar sus agujones; cruzábamos por el molino de Juan Monterón y saciábamos nuestra sed, con el agua que un animal de tiro sacaba de la noria existente. Seguíamos hacia el Monasterio, donde recuerdo el precioso patio con su pozo en el centro, los arcos del claustro y unos excelentes azulejos con pasajes de la vida de D. Quijote, que creo fueron colocados en una de las restauraciones que se hizo a primeros del siglo XIX.

También merece recordar su perdido huerto, y lo hago en boca de lo escrito por Campillo de Bayle y transmitido por Asensio Sáez, diciendo que *“las plantas unas con otras se enlazaban con amor. Los árboles eran palacios de las aves y casas de los ruiseñores”*. Los emparrados con sus pámpanos frescos cubrían de los riesgos del sol y era allí precisamente donde los visitantes nos refugiábamos para evitar la insolación.

Sobre los azulejos talaveranos de los episodios de D. Quijote, sabemos que además de tener en el refectorio, existían también azulejos en una pequeña cocina, cuya información hemos recogido del periódico *“La Verdad”* del año 1965. En uno de ellos, no cervantino, se lee lo siguiente:

Dios bendiga los umbrales de esta casa
Y sea bendito el dintel,
Y bendiga las horas de reposo
Y bendiga las horas de comer.
Y bendiga la ventana que da paso
A la luz del día naciente
Y bendiga la puerta que da entrada
Al extraño y al pariente
Y bendiga este ambiente seductor
Paz de hombre, paz de amor
Y en todo paz de Dios.

Siempre fue Cartagena, una ciudad que debido a sus sedes conventuales, profesaban en ella distintas cofradías, tanto

penitenciales, como sacramentales y de gloria, hasta tal punto que en 1770, había más de 25. Por ello me ha llamado la atención que con el amor que siempre ha tenido nuestra ciudad a San Ginés, no hubiera en la antigüedad una Cofradía dedicada a él.

Mi investigación me ha llevado a encontrar que en 1591, se solicitó, en tiempos de Felipe II, una licencia para su fundación denegándose su constitución debido a que las reglas no le parecieron muy pías al monarca. Por un documento hallado en el Archivo Municipal, (Caja 95, exp. 15) se entiende que en 1700 ya existía una Cofradía erigida en honor de San Ginés de la Jara, puesto que el texto empieza diciendo: *La Hermandad y Cofradía de San Ginés de la Jara ha determinado celebrar la fiesta del Santo con sermón de sus virtudes y admirable vida, dándole con ello a conocer y ejercitar su devoción y respeto*”.

Por tanto considero que en la antigüedad ya existió una Cofradía dedicada a nuestro San Ginés de la Jara, que debió desaparecer en el transcurso de los tiempos por lo que entiendo que lo que hizo, en 1917, D. Luis Angosto Lapizburú fue una refundación de la misma.

Especial atención voy a dedicar a este gran cartagenero ya que gracias a él se revitalizó la devoción al Santo. Conocemos que D. Luís Angosto Lapizburú, era capitán de corbeta de nuestra marina y un gran político. Fue Diputado a Cortes, Senador del Reino, y Hermano del Santo Hospital de Caridad, el cual cuando se retiró de la política se refugió en la religión llevado de su actitud piadosa y caritativa, participando en la fundación de la Casa del Niño, en la protección de la infancia, en la represión de la mendicidad, en la fundación del Patronato del Sagrado Corazón de Jesús, y como colofón fundó la Cofradía de Gloria de San Ginés de la Jara, en un acto que se celebró en la catedral antigua el 26 de agosto de 1917, asistiendo también como secretario D. Joaquín Moncada Moreno, que años más tarde sería también Hermano Mayor de la Cofradía de San Ginés.

Resulta también interesante conocer que D. Luis Angosto instituyó con la colaboración del párroco de Santa Lucía, D. Bartolomé Sánchez, la procesión marítima en honor del Apóstol Santiago, pero sin duda lo más sobresaliente de su persona era su humanidad y dedicación para intentar resolver los problemas de los más necesitados, lo que le llevó a perder casi toda su fortuna, llegando a denominarse como el “padre de los pobres”. Se cuenta que en su destino como militar llegó a comprar esclavos, en zonas donde era legal este tráfico, para liberarlos posteriormente, y recogía montado en una galera a los niños pobres que deambulaban por la ciudad llevándolos a comer a una bodega que existía en la calle de la Caridad.

También este mismo año de 1917, D. Luis Angosto fue nombrado Hermano Mayor del Cristo del Socorro, y un año más tarde también lo fue de la Ilustre Cofradía de los Cuatro Santos, permaneciendo en estos cargos hasta su muerte en el año 1922. Sin duda era tanto el amor que tenía por San Ginés, que preparó que su cuerpo recibiera sepultura en el cementerio del Rincón de San Ginés. Otro dato importante que nos puede dar una visión de la importancia que tenía la familia Angosto en Cartagena, es que su hermana Adela se casó en 1865 con el pintor Wssel de Guimbarda.

Si cerramos los ojos nos parece ver a D. Luis, bajar con su procesión del Socorro, por la calle de la Concepción, parar el Cristo como es costumbre en la Plaza de San Ginés y llevar sus ojos hacia la hornacina de San Ginés pidiéndole protección para nuestra ciudad.

Voy a hacer un inciso para dar un dato sobre la escultura de San Ginés que se encuentra en la hornacina, de la que fue casa de los Moncada, puesto que a través de un artículo de “*El Noticiero*” del año 1944, conocemos que fue realizada por el escultor Alfonso Rigal, para suplir la que fue destruida en la guerra civil, que según datos encontrados pertenecía a la gubia de un escultor llamado Juan Sebastián. Fue Rigal un escultor valenciano que estaba en Cartagena y que fue el encargado de reponer muchas de las

esculturas desaparecidas de Semana Santa, entre ellas la de N.P. Jesús Nazareno, que se le apodó como “El Zocato” por situar la Cruz sobre el hombro derecho del Nazareno.

He querido conocer que ocurrió, con la Cofradía, después de la muerte de D. Luis Angosto, quién le sucedió, y no ha sido posible encontrar antecedentes. Prácticamente existe un vacío de noticias, sobre la Cofradía, desde su muerte, en 1922, hasta el año 1936, en que el diario “*Cartagena Nueva*” dedica un recuerdo histórico a San Ginés de la Jara. Conocemos por este artículo que precisamente aquel año los dueños del Monasterio y del Huerto era la familia de D. Manuel Burguete, la cual el domingo 23 de febrero de 1936, después de muchos años de estar cerrada su iglesia, se abrió nuevamente celebrándose una solemne función religiosa con la que volvía a iniciarse el restablecimiento del culto.

Después se vuelve a producir un vacío, propiciado por la contienda civil, hasta que en el año 1941, vuelve a aparecer un artículo sobre las fiestas en San Ginés de la Jara, en el que aparece como Director de la Cofradía el R.P. Misionero del Corazón de María, Ángel M^a Fandos, en donde se habla de la bendición y reparto del pan bendito, que suponemos es el origen de la hoy tradicional venta benéfica de rollos de pan de San Ginés. Considero que el concepto de Director de la Cofradía puede corresponder a Director espiritual, no al concepto de Hermano Mayor, cargo que mantuvo hasta 1945. Fue en 1944 cuando la prensa de este año indica el nombramiento de D. José Moncada Moreno como Hermano Mayor, siendo el encargado de la Tesorería D. Ginés Gutiérrez. En Enero de 1946 fallece D. José Moncada, sucediéndole en el cargo su hermano D. Joaquín Moncada Moreno, que debió serlo hasta su muerte el 2 de Agosto de 1963. Es posible por tanto que a partir de aquí se disolviese la Cofradía, aunque sabemos que años después se siguieron celebrando actos en honor de San Ginés según podemos comprobar por la prensa de entonces, actos que tenían lugar sobre todo en la Plaza de su nombre.

Desde tiempo inmemorial venía celebrándose la tradicional romería al Santuario y Ermita de los Ángeles, desapareciendo en 1831 debido a la supresión de las comunidades religiosas, revitalizándose a partir de los años 40, del siglo pasado, y así “*El Noticiero*” recoge con amplitud la celebración de los cultos y de la romería durante estos años. Concretamente en 1948 dice haberse celebrado en la Real Capilla de San Ginés los cultos anunciados, ocupando sitio preferente el dueño de la capilla D. Adolfo González de Urbietta, en compañía de distintas personalidades. Por la tarde se celebró en el Monasterio la tradicional procesión y romería que estuvo concurridísima, recorriendo el huerto la imagen bendita del Santo, a hombros de devotos jóvenes cartageneros.

He de hacer mención a las “*Justas Literarias*” hoy desaparecidas que muy bien podría la Cofradía y la Parroquia volver a convocar, pues además de honrar la figura del Santo suponen una manifestación cultural importante.

Durante algunos años, la romería, volvió a caer en el olvido reanudándose a partir de 1983 gracias al esfuerzo y a la generosidad de los feligreses de esta querida comunidad de San Ginés y de Torreciega, aunque he podido leer que auspiciada por el recordado D. José Luis Meseguer Jorquera y D. Manuel Sánchez Juárez.

No me gustaría terminar mi pregón, sin romper una lanza por la situación dramática que pasa el Monasterio. En este caso no ha valido la intercesión del Santo para su rehabilitación, porque ha prevalecido más lo humano que lo divino. Las referencias que tengo sobre la propiedad del Monasterio, salvo error, es que en 1835 con la desamortización de Mendizabal, se desacralizó el Monasterio, pasando a la propiedad privada de la familia de D. Miguel Andrés Starico. El último Starico fue D. Ricardo Codorniu Starico, sucediéndole, en la propiedad, su hermana que estaba casada con D. Juan de la Cierva Codorniu. Antes de la guerra de Liberación, en 1932, la compró D. Manuel Burguete, y según noticias facilitadas por Francisco Henares, en 1933

pertenecía a D. Vicente Llovera Codorniu, para que en 1964 la adquiriera D. Joaquín Meseguer Jordá, un financiero murciano que había adquirido también la Isla de Tabarca. Actualmente el Monasterio es propiedad, desde 2007, del Ayuntamiento de Cartagena, que pretende su rehabilitación a través de un acuerdo con una inmobiliaria.

La peor época sin duda debió ser la de Burguete que fue la familia a la que se le atribuye la destrucción de la capilla de la Gloria, con las pinturas de Barroso. El Monasterio fue declarado Bien de Interés Cultural por decreto del 28 de febrero de 1992, estando en la actualidad en un lamentable estado de ruina, tanto el edificio como su huerto, debido a su abandono. Por el penoso estado en que se encuentra ha sido incluido en la lista roja de patrimonio en peligro por la asociación Hispania Nostra.

Sin ánimo de crear polémica, tengo que dar la razón a los que dicen, que si el Monasterio hubiese estado en otro lugar, Vds. saben donde, ya estaría hace tiempo arreglado y abierto al culto.

No debemos dar la espalda a nuestras tradiciones. Hay que felicitar, a los impulsores de la refundación de la Cofradía, celebrada en el año 2007, a nuestro párroco el Rvdo. D. José Manuel Martínez Rosique, al Hermano Mayor de la Cofradía D. José Alfonso Martínez Baños, al Hermano Mayor de la Hermandad de Romeros D. Andrés García Andreo, a todos los cofrades y a todos aquellos que sobre vuestro hombro portáis a nuestro Santo. Precisamente a vosotros, portapasos de San Ginés, tengo que pedirlos que como lo lleváis tan cerca aprovechéis para pedirle el milagro de que se arregle la situación angustiosa que muchas familias de nuestra ciudad están pasando, pero pedirselo con fe, con la oración en los labios tal y como lo hacía nuestro San Ginés de la Jara arrodillado en el sagrado lugar del Monte Miral.

Y ya para terminar voy a recitar un romance a modo de juglar, un romance que he preparado y que muy bien podría corresponder a aquel tiempo medieval.

¡Venid Cofrades! ¡Venid Romeros!
que de nuestro Santo
contaros quiero,
su vida y milagros
desde el Medievo.

Empieza la historia
en el cuatrocientos
cuando un joven apuesto,
de fácil pluma,
le niega al romano
que se persiga
al buen cristiano.

El santo de Arlés
Ginés se llama.
Es capturado y ejecutado
siendo su cuerpo martirizado.
Quedan sus restos
junto a Honorato,
sin su cabeza que
en un milagro
llega entre ángeles
a Cartagena.

Surge de nuevo un Ginés Franco
allá muy cerca del ochocientos,
sobrino dicen de Carlomagno.
Consigue que el Rey de Francia
licencia diera para su marcha
hacia Santiago peregrinando,
y para ello tranquilo embarca,
pero Neptuno la mar agita
y le sorprende con un naufragio.

Llega nuestro ermitaño

a la agreste orilla de Cabo Palos.
De una pitera hace un cayado
guiando sus pasos
hasta el Convento
donde unos monjes
viven de antaño.

Renuncia a todo y allí se queda
y entre jarales ermita crea,
y son los ángeles
los albañiles del santuario
y el arquitecto es Dios que le ayuda
entre los rezos de su rosario.

Solamente me resta pedirlos que sigáis honrando a nuestro Santo
con vuestro trabajo y con la misma devoción que lo estáis
haciendo. Ahora gritemos todos a viva voz: ¡ VIVA SAN
GINÉS!

Ernesto Ruiz Vinader

